

septiembre del 82) Ernesto Sábato declara: «¿Sabe qué tendrían que hacer los militares, después de este desastre final que estamos presenciando? Ir en procesión hasta la casa del doctor Illia, para pedirle excusas, perdón, por lo que le hicieron (...). Resulta curioso expresar que los dirigentes políticos son ineficaces. Acabo de poner el ejemplo de Illia, que es todo lo contrario; y ojo, que no soy radical (...) ¿Desde cuándo el manejo de un artefacto de guerra o de un avión de combate prepara para gobernar? ¿Qué clase de locura es ésta? ¿Qué clase de paranoia?» Sábato, en fin, ejerce, como vemos, las dos virtudes que reclamaba Albert Camus en el escritor de nuestro tiempo: la sinceridad y la piedad; o dicho de otro modo, el amor militante a la verdad y la resistencia a la opresión. Ejerce esa doble actividad a pecho descubierto. Para justificar la acusación—el insulto—de que Sábato es reaccionario, algunos de sus críticos políticos parecen insinuar que es significativo que no lo hayan matado todavía, y ni siquiera encarcelado (me refiero a esta última etapa de la historia argentina, pues, como ya lo vimos, Sábato no desconoce la prisión). Deducir de ese hecho una especie de contraseña al borde de la complicidad es simplemente una calumnia. Lo que sucede es más sencillo y más emocionante: la figura moral de Sábato es tan alta y famosa, su nombre es ya tan internacional y respetado, que no hay gobierno que no sepa que atentar contra él pondría en peligro su imagen diplomática, y si ésta ya estuviera—como lo está—desprestigiada en todo el mundo, ese atentado podría contribuir al desmoronamiento definitivo de sus agresores. Es por eso por lo que lo respetan: Sábato les da miedo. Se diría que el coraje es una coraza, que la sinceridad y el arrojo se transforman en una especie de aduana que no deja pasar el contrabando de la impunidad. Hay otra causa, hermana gemela de la ya señalada, por la que el gobierno ilegal argentino no ha consentido que se atente contra la integridad física ni contra la libertad de Sábato: que es conocido y amado por el pueblo argentino y que ese pueblo, si algo sucediese que transformase a este hombre libre en mártir, podría alcanzar unos niveles de indignación de imprevisibles consecuencias. Porque no hay duda de que el pueblo lo ama. En un reciente reportaje publicado en el diario *ABC* (14-XII-82) y que se apoya en una entrevista celebrada con el escritor en un café de la capital argentina, y otra entrevista celebrada en la casa en que Sábato habita, a unos veinte kilómetros de Buenos Aires, escribe Ignacio Carrión: «Los camareros parecían estar mirándole. Es un hombre muy conocido. Los taxistas (como pude comprobar más tarde) se niegan a cobrarle. Quieren una foto suya. Esto avergüenza al escritor (...). El pueblo le protege de una

forma especial, con su respeto, contra los zarpazos de un régimen que desearía silenciarle. No se atreve. Y Sábato se ha convertido en el crítico más enérgico e inflexible de la Junta Militar (...). Me acompañó hasta el taxi. El conductor quería abrazarle, quería una foto, quería decirle que siga hablando como lo hace en sus artículos, incluso en la televisión. "Señor Sábato, tome mi teléfono y llame cuando no tenga quien le baje a Buenos Aires..."».

* * *

De esa popularidad, de ese respeto, me hablan aquí, en España, algunos exiliados argentinos. Uno de ellos, recientemente, resumía la manera en que las gentes de la calle en Argentina aman, respetan y defienden a Sábato, asegurándome que su imagen moral entre los ciudadanos de a pie de la Argentina, entre las gentes que llamamos sencillas y que a menudo con su sencillez saben interpretar lo esencial en los hombres, es ya muy semejante a la imagen del Camus de los años cuarenta y principios de los cincuenta, y es ya muy semejante a la del Miguel de Unamuno que adoptaba posiciones civiles; que es ya considerado, en fin, no tan sólo un valiente, sino, de modo simultáneo, un ejemplo moral, un espíritu insobornable. Debo aclarar (pues ni puedo aspirar a que estas páginas no sean leídas por algún furibundo detractor de Sábato, ni desearía renunciar a que tal detractor disfrute de su enojo al leerme) que quien me informaba de ese respeto popular por Sábato y establecía ese paralelismo con Camus y Unamuno no es, válgame Dios, un hombre deshonesto ni reaccionario ni malvado; es simplemente uno de tantos hombres que se han venido a España escapando por pelos de la represión policíaca argentina (16). Al escuchar esa opinión recordé que Camus, tan querido por el común de los franceses y por muchísimos colegas de su época y de hoy, no careció de agresiones y críticas e insultos, muy a menudo infames, que a veces procedían de la derecha y a veces de esa derecha enmascarada que era el partido comunista francés (y escribo que *era* enmascarada porque ya, hoy, ese partido que aún se niega a desobedecer a su patrón el Kremlin sobre cuestiones como el drama polaco, no tiene máscara

(16) Se trata de mi amigo o hermano Arnoldo Liberman. Un judío argentino que no ha omitido, en defensa de los judíos, llamarle, por escrito, fascista a Beguín y que, en defensa de la dignidad de la especie humana, y también por escrito, ha dicho que ser judío «es también ser el masacrado palestino en su carpa de refugiado...» («El Socialista» núm. 284, Madrid, noviembre 1982). Entre otras actividades públicas, Liberman ha pertenecido al Comité Internacional de la Izquierda por la Paz en el Cercano Oriente, junto a personalidades como Sastre, S. de Beauvoir, Italo Calvino, Arnold Wesker, Cortázar, Joan Báez, Friedic Durrenmat, etc.